J. L. Badal

Ilustraciones de Jordi Lafebre

laGalera

Primera edición: octubre de 2014

Diseño de la portada: Book & Look
Diseño del interior y maquetación: Book & Look
Imágenes de guardas: fotomontaje de J. Lafebre
Título original catalán: *La mort i la violeta*
Edición: David Monserrat
Coordinación editorial: Anna Pérez i Mir
Dirección editorial: Iolanda Batallé Prats

© Josep Lluís Badal, 2014, del texto
© Jordi Lafebre, 2014, de las ilustraciones
© Marcelo E. Mazzanti, 2014, de la traducción
© La Galera, SAU Editorial, 2014, de la edición en lengua castellana

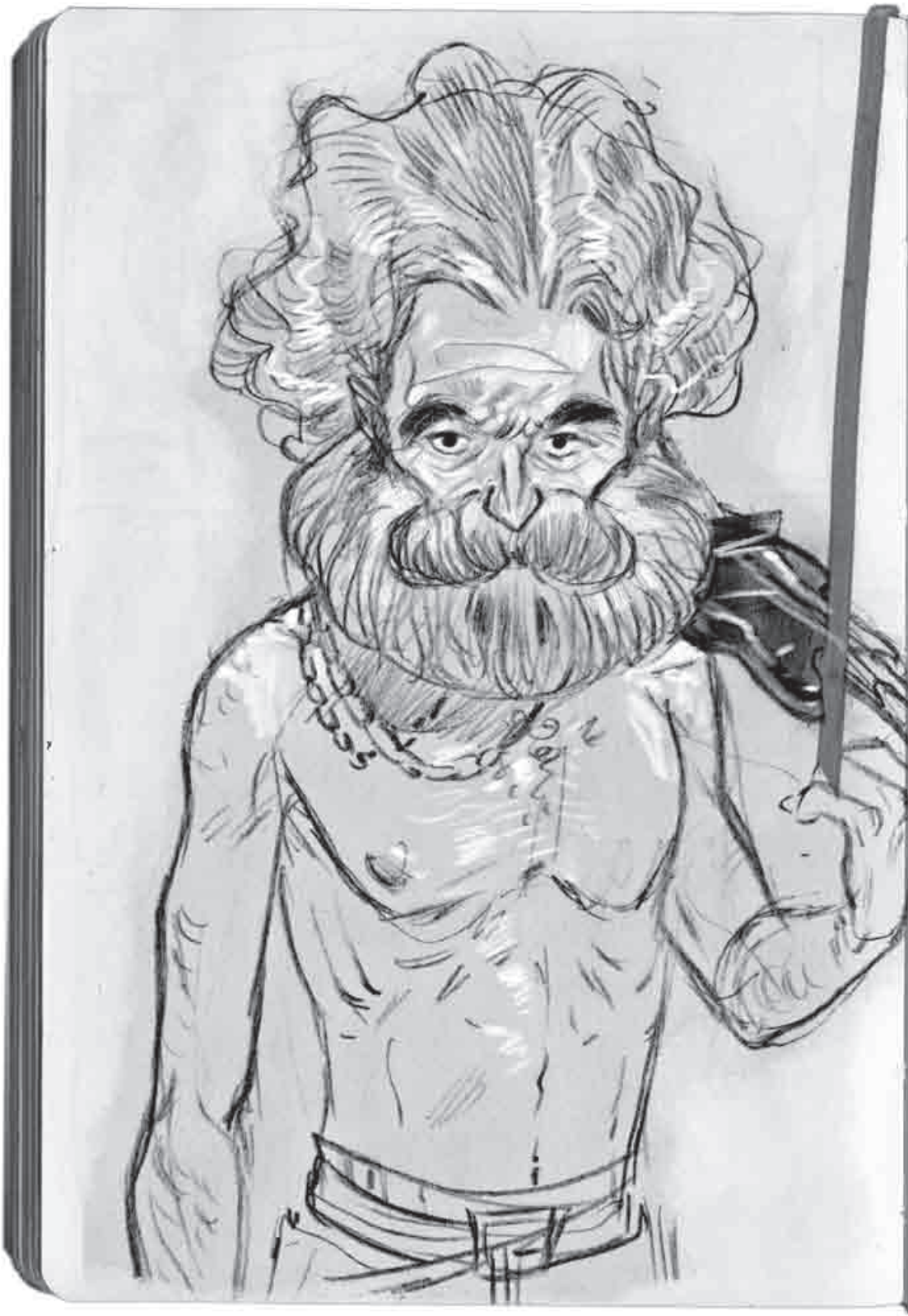
La Galera, SAU Editorial
Josep Pla, 95 – 08019 Barcelona
www.editorial-lagalera.com lagalera@editorialgalera.com
facebook.com/editoriallagalera
twitter.com/editorialgalera

Impreso en Egedsa
Roís de Corella, 16. 08205 Sabadell

Depósito legal: B-13.212-2014
Impreso en la UE

ISBN: 978-84-246-5243-2

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra queda rigurosamente prohibida y estará sometida a las sanciones establecidas por la ley. El editor faculta a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) para que pueda autorizar la fotocopia o el escaneado de algún fragmento a las personas que estén interesadas en ello.



CAPÍTULO I

Los diarios de Milos Korzeniowski

El amor. La muerte.

Estas dos fuerzas rigen nuestra vida. ¿Cuál es más poderosa? La luz y la oscuridad nos rodean, ¡pero a veces cuesta tanto distinguir la una de la otra!

Un amor demasiado violento puede quemar nuestro corazón, como nos puede cegar el mirar durante demasiado rato el sol del mediodía. Una oscura noche de invierno nos puede hacer descubrir en el cielo estrellas que dan compañía como el recuerdo de una madre.

Ahora mismo, hijo mío, vuelan hacia el horizonte tres cormoranes. Los tiburones rodean la isla, están tan hambrientos que se devoran entre sí. Tierra adentro, bestias que han olvidado que un día fueron humanas aúllan de alegría porque saben que ha llegado un nuevo extranjero. Una nueva víctima: yo, Milos Korzeniowski, segundo de a bordo del *Estrella del Mar*, prisionero en la Isla Inferno, la Isla de los Prisioneros. Les haré pagar cara mi vida.

Estoy solo, perdido, lleno de remordimientos. Y te echo de menos, hijo mío. Desde esta hórrida prisión solo sé contemplar el rastro que deja el sol al ponerse tras el mar; entonces me parece que nunca más veré la luz. Por eso, en vez de dormir, escribo estos diarios con tinta negra: para ti, que tienes los cabellos blancos.

¡Son días extraños! El *Onikónathós*, el barco de uñas de muerto, incapaz de encontrar y hundir al *Estrella del Mar*, se ha precipitado a la sangrienta destrucción de barcos y

pueblos. Tendrá que ser el *Estrella del Mar* quien lo busque a él, si quiere detenerlo. Mi capitán, Cacho Sable, aún muy débil, y mi pequeño capitán, Juan Plata, me necesitan. ¡Y yo prisionero! El corazón me duele como una muela cariada.

Ya sabes cómo he llegado hasta aquí: el amor ha tenido la culpa. Quizás también la muerte, dirías tú. ¡Eres tan fuerte! Mientras te contemplaba, durante el juicio en la taberna Paradissus, veía con orgullo en ti la sangre de nuestros antepasados. La energía del violinista y pirata Sczcypiorsky, por ejemplo, que inventó veinticuatro estrategias de ataque naval a partir de la estructura de los *Caprichos para violín solo* de Paganini, y que nunca perdió un combate excepto el último, cuando ya se había retirado de la piratería. Con noventa y tres años retó en duelo al espadachín y traidor Mirto Caracalla, de veintisiete años, que había enviado a su ejército a la muerte a cambio de 13.013 piezas de oro, 1.313 barriles de plata, del derecho a pescar truchas en los riachuelos del jardín real (llamado *El Magnífico*) y de hacer la corte a la princesa Zulana de Uhln (llamada *La Fétida*).

A pesar de que Sczcypiorsky ya iba en silla de ruedas, había perdido la visión de un ojo, estaba del todo sordo y no siempre se aguantaba los pedos, su superioridad en el combate fue en todo momento extraordinaria. Cuando Caracalla se supo perdido pidió clemencia de rodillas. Sczcypiorsky lo perdonó de mala gana, escupió y se volvió de espaldas. Recibió un disparo del traidor en la nuca.

Fuerte como un roble, no murió al instante. La bala se le había incrustado en la garganta. Abrazado a su violín Jakob, –que ahora es mío y que si sobrevive a la isla será tuyo–, antes de morir, Sczcypiorsky dijo: «Decid que he muerto ahogado, con una bala en el cuello. Y que he sido feliz, muy feliz».

¿Sabré decir yo algo tan bello cuando llegue mi última hora?

A veces tengo miedo, hijo mío, de que entre tú y yo solo sea posible la flor de la separación. Como la espuma blanca del naufragio que un día te arrancó de mis brazos. Como la flor de tu terror infantil ante las olas, que convirtió tus cabellos del color de los castañedos de nuestra finca de Yasnia Polskoia en cabellos blancos. Como la flor del olvido, que convirtió el dulce nombre de Tadéusz que te dio tu madre en ese nombre deforme que te han dado en el *Onikónathós*: Krusso.

¿Te recuperaré alguna vez? Tienes una hermana que te echa de menos y te busca. ¿Os encontraréis?

El destino de cada uno es un camino que solo puede comerse uno mismo, como un espagueti que nace de tu boca y se despliega ante ti. Nunca entenderé cómo un niño tan dulce como tú pudo ir a parar a las manos de Gaddali y Siccomuoro Black. Solo un dios caprichoso o un escritor loco podrían escribir tan torcidas las líneas de una vida.

Cuando en la taberna Paradissus algunos testigos y parte

del público te amenazaban con la pena de muerte, yo contemplaba orgulloso cómo los mirabas con desprecio bajo tu flequillo blanco. El mismo desprecio que tenía para con sus víctimas tu antepasada Escila Theodora Seferia (1658-1759), que murió, desnuda, a los ciento un años. ¡La primera mujer griega que fue capitana de un barco pirata! Debe de haber sido la mujer más fuerte que haya existido jamás (aparte de la madre de Big Sam...) y una de las más bellas. Cuando abordaba un barco, su goleta *Epiphania* se acercaba sin nadie en cubierta, como una nave abandonada. Solo ella, Escila, al timón, aparecía, desnuda y bella como Cleopatra y con un gran sable en la mano. Todos los barcos permitían que el *Epiphania* se acercara. Invitaban a la capitana a abordarlos. El deseo por aquella extraordinaria mujer de piel blanca se condensaba de tal manera en el pecho de los marineros que a menudo las velas se hinchaban solas aunque no hubiera viento. Tu antepasada se acercaba al capitán capturado, que solía esperarla con la boca abierta:

–Capitán –decía ella, apoyándose en una pierna para remarcar más la curva de su famosa cintura–. Tenéis mi sable al cuello y a la mujer que os ha vencido delante de vos. Podéis morir ahora mismo, degollado como un lechón, o rendiros, darme el barco, el oro y a vuestros hombres y casaros conmigo. Os aseguro que os divertiréis.

En ese momento los hombres del *Epiphania* ya habían aparecido en cubierta, armados hasta los dientes. Entre ellos

había tres mujeres: la enorme e invencible Renata Schnellpudding, apodada *La Montagna*, siempre melancólica a causa de los seis grandes amores a los que había matado, sin querer, al abrazarlos con su poderoso cuerpo; y las dos hermanas gemelas Philly y Krilly Schnitz, tan delgadas que sus amantes tenían que abrazarlas juntas para poder sentir que existían. Eran tan rápidas con la espada que los marineros las llamaban «las agujas invisibles», y tenían los cabellos tan finos que el viento no las despeinaba.

De esa forma, Escila Theodora consiguió cuarenta y tres barcos y se casó sin amor treinta y siete veces. Sus matrimonios nunca duraron más de veinte días: esta mujer maravillosa decía que cada noche de casada le dolía como si le arrancaran un dedo. Afortunadamente, como capitana del barco tenía el derecho de casar y deshacer matrimonios cuando quisiera, incluso los suyos propios, cosa que a veces hacía desde la propia cama donde yacía con su pareja.

¡Ah! Fue una mujer libre. Tú también lo serás.

Se acercan tiempos difíciles, hijo mío. El *Onikónathós* siembra la destrucción y Kirtimukha ha tenido pesadillas. Solamente las pesadillas, la sangre de ballena y los volcanes submarinos pueden despertarlo. Si eso sucede, no se detendrá hasta devorarlo todo.

¡Pero también es cierto que estos días me han devuelto a un hijo! Tenía que ser en la taberna Paradissus donde lo

reencontrara, claro. Yo acompañaba a Cacho Sable a ver a Madame Zuleika Blavatzsky. Si existe una forma de que el capitán recupere la salud, o de detener al *Onikónathós*, ella la conocería. Nos acompañaban algunos marineros. Juan Plata había vuelto por unos días a su casa: había que hablar con la escuela para no perder el curso, y su madre, Amina, hacía días que estaba reunida en la Gran Asamblea de las Criaturas Marinas Parlantes, convocada por Serapión.

Cuando te vi sentado al lado de Gaddali Caracortada, en un rincón de la taberna, el corazón me dio un vuelco. Te había estado observando de reojo en la Batalla del Tifón, mientras luchabas contra Juan Plata. Tus cabellos blancos y el dolor de ver que un niño formaba parte de este barco espantoso me cegaban.

Gaddali nos señaló. Sonrió. No paraba de destilar el veneno de sus palabras en tus oídos infantiles. Cacho Sable se apoyaba en una muleta y en mí, muy débil. «¿Los has visto?», me dijo al oído. «¿No te recuerdan a nadie los ojos de este niño?».

Entonces el corazón se me detuvo de golpe. Tienes los ojos de Irya Schumann, hijo mío, de tu madre Irya. Te tenía delante y no te reconocí hasta que me clavaste la espada en el pecho.

La herida no fue tan grave como parecía; tengo los huesos de nuestro antepasado Alexis Ortophosphorós, que cortaba troncos de abedul con las manos, partía los cascos, los

cráneos y los días futuros de sus enemigos a golpe de pecho, y con los dientes podía arrancar el cañón de un fusil o detener una bala de revólver. Lo fusilaron tres veces, y de las tres salió ileso, si bien es cierto que con algunos moretones en la frente y las costillas. La sangre que me salía, tan abundante que manchó cuatro de las seis paredes principales del salón, surgió más de la alegría que estallaba en mi pecho que de la herida. ¡Había reencontrado a mi hijo perdido!

Sé que Gaddali te envió a matar a Cacho Sable, y que a mí ni me viste. Cuando me heriste y me miraste a los ojos, por los tuyos pasó un relámpago azul. ¿Fue porque me reconociste? Perdí el conocimiento, feliz. Cuando Big Sam me recogió del suelo, inconsciente, yo seguía riendo. Esylth y Ottis te capturaron y te ataron de manos. ¿Y Gaddali?

Gaddali Caracortada ya había huido por una ventana. ¿Habías llegado a considerar como un padre a este cobarde?

Cuando desperté, a la mañana siguiente, el Juicio ya había sido preparado. Yo estaba demasiado débil como para hablar, y asistía solo como testimonio mudo: apenas podía asentir o negar con la cabeza. Para negarme a contestar solo tenía que morderme los labios.

¡Los juicios de la taberna Paradissus!

Unos los temen, otros los estudian, otros los saborean como puede degustarse un plato delicado o una buena obra de teatro. ¡Son los juicios los que llevan un poco de orden a este mundo caótico que a veces pretende irrumpir en la

taberna! ¿Un niño de cabellos blancos tiene que atacar con una espada a un capitán herido de muerte? ¿Y qué castigo merece, si lo ha hecho porque una hiena de mar lo ha empujado a ello? ¡Los caminos de la verdad son tan difíciles...! A veces, preguntas y respuestas se buscan como dos barcas que navegan por ríos diferentes...

El poder de los tribunales de la taberna Paradissus es extraordinario. Aparentemente, alguna vez se han equivocado. Pero el tiempo siempre ha acabado dándoles la razón. En el año 1701, por ejemplo, condenaron a la seductora Delihlah Dagliatesta Pairolí a ser rapada al cero y a diez años de reclusión en la Isla de los Prisioneros. Había asesinado a once marineros tras una noche de amor y después de haberles cortado el pelo. Ocho días más tarde se comprobó que en realidad solo había matado a siete. Los otros cuatro aparecieron, aún borrachos y rapados al cero, a bordo de una lancha que flotaba a la deriva. Los recuerdos de aquella noche eran tan espantosos que los cuatro supervivientes habían decidido pasar el resto de sus vidas borrachos y a la deriva. Pero el juicio no se repitió: habría sido necesario ir a buscar a Delihlah Dagliatesta Pairolí a la Isla de los Prisioneros, cosa del todo imposible. Pasados dos años se supo que, en la isla, Delihlah había matado a cuatro hombres, a los cuales había respetado sus cabelleras. Ella y el tribunal estaban en paz.

Las sentencias del Tribunal son a menudo sorprendentes.

Cuando en el año 1937 se encontró la calavera del asesino Pórrek, uno de los hombres más crueles que hayan existido nunca, capaz de matar tres veces seguidas a la misma persona, el Tribunal se empeñó en celebrar un juicio completo. El criminal había muerto, libre, hacía setenta y seis años. Como tenía un muy buen abogado y el cadáver se negaba a declarar para no incurrir en errores y contradicciones, el juicio duró seis semanas. Finalmente, lo que quedaba de Pórrek fue condenado a muerte. Como no podía ser ahorcado (ya que solo se conservaba la cabeza), se decidió despistar la calavera en un desierto y que el nombre de Pórrek desapareciera de la faz de la tierra. En realidad, claro, no se llamaba Pórrek, pero ya nadie recordaba su verdadero nombre, y todos hemos acabado llamándolo así. Fue alguien que hizo mucho daño. Solo espero que, en algún desierto olvidado, sus ojos vacíos lloren eternamente lágrimas de arena.

¿Y qué puedo decir de los jueces? Ya los viste... Madame Blavatzsky es la secretaria de un cuerpo de cuatro jueces: ella misma, Ming Wei, Marcelo y el Presidente. Blavatzsky no interviene nunca en las deliberaciones de los jueces, se limita a suspirar una vez si las decisiones que toman son de su gusto y a tragar saliva ruidosamente cuando algo no le gusta.

A Marcelo, el explicador, ya lo has oído muchas veces. Sus preguntas infinitas a los acusados pueden retrasar un juicio durante meses. El hecho de que el acusado describa

con todo detalle el rostro del primer peluche que perdió basta para que Marcelo entienda los motivos de sus crímenes. Siempre es partidario del perdón. ¡La mente humana es tan compleja...!

A veces Marcelo pregunta cosas a las que los acusados no saben responder. Entonces todo el mundo se pone muy nervioso. «Dígame», preguntó al incendiario Barcènne Ocoui, «¿qué olor tenía el bosque aquella noche?». O «Las noches en las que su madre subía a darle un beso en la frente, ¿llevaba la vela en la mano izquierda o en la derecha? Y, de ser la mano izquierda, ¿recuerda si se había echado colonia de rosa mosqueta?».

Ming Wei, el tercero de los jueces, vivía enturbiado por los vapores de la melancolía. Había sido un hombre valiente. Había participado en tres guerras, como periodista y como soldado. Soportaba el dolor, se había arrancado dos balas del cuerpo con los dientes, y con los dedos podía sacar las croquetas del fuego. Un gran lunar en la frente con forma de cicatriz era la única queja que se permitía.

Las guerras lo volvieron triste. Perdió a dos amigos y a la única mujer capaz de quererlo incluso los días en que llovía, cuando se le oscurecía la peca y la melancolía lo convertía en un ser taciturno y tan desagradable que el agua de la lluvia se negaba a tocarlo.

Entonces huyó del mundo. Intentó contarlo todo en una novela. Se subió a una barca; solo lo acompañaban su

mono Kúpper, dieciséis kilos de papel blanco y nueve cajas de whisky escocés.

Escribía y pescaba. Cuando trasladaba un recuerdo al papel bebía whisky para olvidarlo. Asustaba a los tiburones a disparos de fusil.

Kúpper era el único que le hacía sonreír.

–Los hombres son malos, Kúpper. Hacemos guerras, vamos a luchar, causamos dolor y, cuando nos lo causan a nosotros, lloramos.

–¡Hub! –respondía Kúpper.

Y Ming Wei reía como si el mono hubiera hecho la observación más oportuna del mundo.

Un día el mar estaba tan calmo que Ming Wei se miró en él. La barba se le había encanecido, le quedaban pocos pelos en la cabeza y el lunar de la frente había desaparecido, sustituido por una pequeña mancha blanca con forma de tintero vacío. Había acabado su novela.

–¡Mira, Kúpper! ¡Tenía un tintero en la frente y no lo sabía! ¡Mientras escribía lo he vaciado del todo!

Kúpper asintió ligeramente y contestó:

–¡Hub!

Esa noche, a la luz de la luna llena, Ming Wei releyó las novecientas cincuenta páginas de su novela. No le gustó. Se desesperó.

–¡Kúpper! ¡Mírala! ¡No vale nada! ¡Parece una novela como las demás! ¡Todo parece mentira! ¿Dónde están mis

amigos muertos? ¿Dónde está mi Kate? ¿Dónde están las salidas del sol que ya no volverán?

–¡Hub!

–¡No tiene ninguna gracia, Kúpper!

Kúpper se ofendió. Aquella madrugada, mientras Ming Wei dormía agarrado a la botella de whisky, el mico embutió sus excrementos en el cañón del fusil.

Cuando despertó, Ming Wei tomó, con la boca pastosa por culpa del alcohol, dos decisiones equivocadas: echó su novela a los tiburones y se pegó un tiro en el pecho.

–¡Hub! –aulló Kúpper.

Pero ya era tarde. El fusil estalló a causa de los excrementos secos. A Ming Wei no le pasó nada.

El pequeño mono quedó herido mortalmente en el pecho. Tapándose la cara con sus pequeñas manos como dos paréntesis a causa de la poca vida que le quedaba, cayó al agua. Ming Wei se tumbó en la barca. Lloró hasta que le quedó tan poca agua en el cuerpo que se desmayó.

Cherubino lo pescó por casualidad cuando la barca de Ming Wei iba a estrellarse contra los escollos de Makoko.

Hoy toma agua con miel y recita día y noche fragmentos de su novela. Cree haberla perdido para siempre. Pero, ahora que no está totalmente en sus cabales, la novela sobrevive entre sus palabras desordenadas. ¡Pobre Ming Wei! Los fragmentos que he podido oír son muy buenos. Nadie nunca la ha oído entera, y seguramente ya nadie la oirá. La escribió

en alta mar y heredó las propiedades de esta: cambiante, infinita y salada.

Es un juez muy atento. Ha vivido tanto dolor que nada le sorprende. ¡Perdona a todos los acusados! Solo cuando huele el sutil perfume de la maldad profunda en alguno de ellos, se muestra inflexible:

–¡Llevadlo a la Isla de los Prisioneros! ¡El verdadero dolor solo se digiere con dolor verdadero! –dice entonces.

Y ni el propio Presidente osa contradecirlo.

El Presidente del Tribunal había sido un hombre. Aparte de niño, había sido boxeador, equilibrista, minero, trabajador en una plantación de té, conductor de locomotora, cazador de búfalos, hombre orquesta, vendedor de loción antimosquitos, clarinetista, de nuevo boxeador, criador de caballos, carpintero, redactor de esquelas, vendedor de libros viejos, cocinero, forjador, otra vez boxeador (ya con noventa y siete años), juez de paz y finalmente marinero. Murió de felicidad el día en que cumplió noventa y nueve años, mientras escuchaba su propia historia contada por Marcelo en la taberna Paradissus. Oía al joven contador y sonreía. ¡Nunca había reparado en que su historia era más bella que una novela! Cuando Marcelo acabó su narración y dijo «y ahora se lo ve a menudo aquí mismo donde está, sentado frente a mí», se alzó tan alto como se lo permitieron sus gastados huesos, contempló un instante el océano, que aquel día relucía intensamente, sonrió al público y dijo:

–Y aquí mismo se murió, suplicando que permitieran a su esqueleto seguir escuchando, noche tras noche, las historias de Marcelo. ¿Para qué perder el tiempo de la eternidad escuchando el vacío si uno puede oír una buena historia?

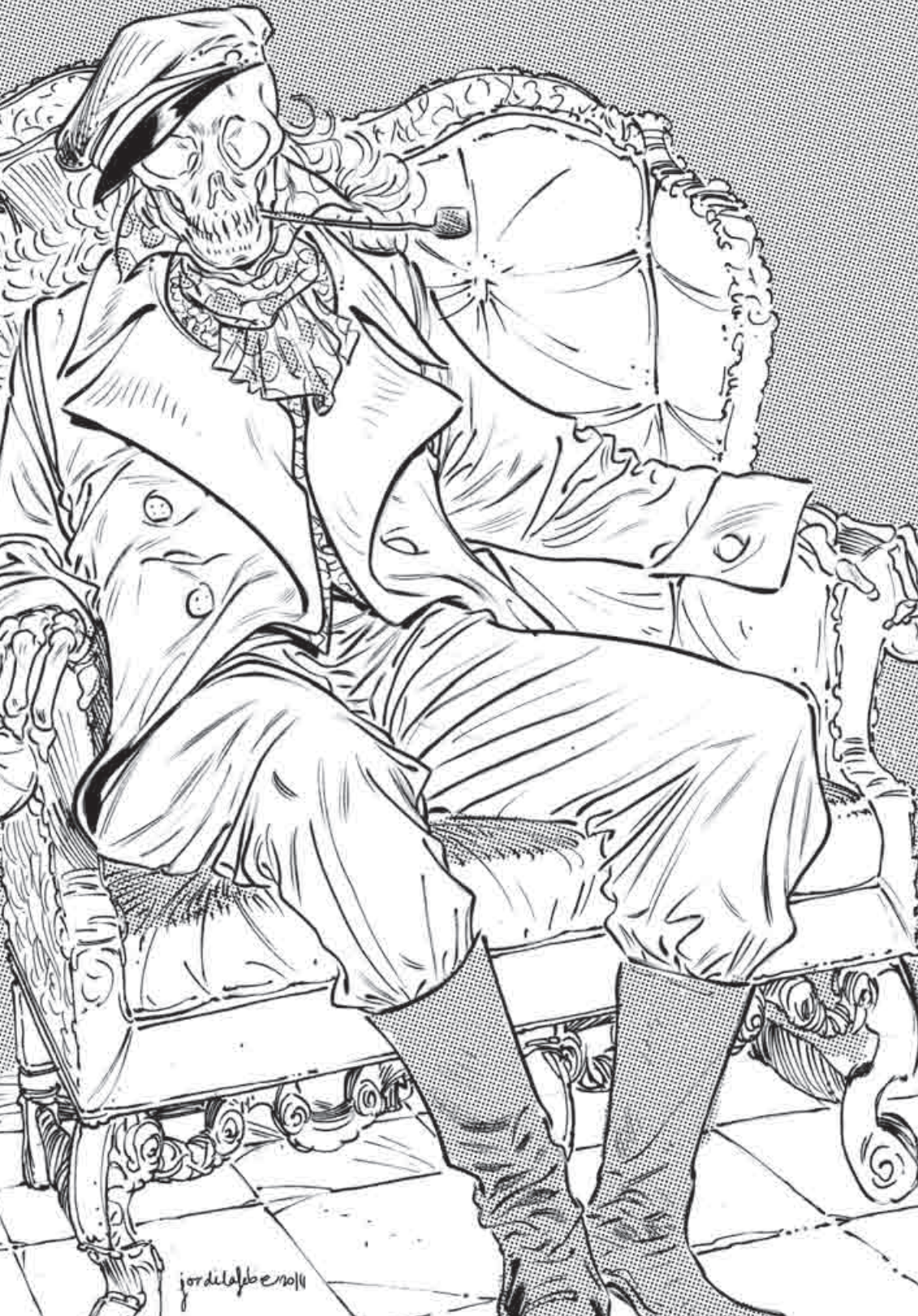
Volvió a sentarse, guiñó un ojo y dejó de respirar en seco.

Todos brindaron dos veces por él: una porque era su cumpleaños, y otra por haber tenido una muerte tan dulce. Madame Blavatzsky hizo que lo sacaran fuera para que se secara al sol y a la luna. Cuando quedó solo el esqueleto hizo que lo entraran, le quitó el polvo, lo enceró y le reservó un asiento frente a la silla de Marcelo. Este no volvió a contar una historia si el esqueleto no estaba allá para escucharla.

De cómo llegó a ser Presidente del Tribunal se podrían contar muchas cosas, fue un largo proceso. Pero el hecho es que es el juez más respetado y silencioso que nunca ha existido.

Hay quien dice que lo ha oído reír. Otros lo ven sonreír. A veces vuelve la cabeza de golpe a un lado como si no quisiera oír las mentiras que se están diciendo en el juicio, o la deja caer hacia adelante como si se hubiera quedado dormido; entonces hay que suspender el juicio hasta el día siguiente.

El día en que Madame Blavatzsky interrumpió el juicio de Germán Azabachero con unas risotadas salvajes y tuvo que pedir disculpas, aseguró que el Presidente le había contado al oído un chiste tan bueno y tan grosero que no osaba repetirlo, aunque se moría de ganas.


jordi lafebre 2011

Cuando las dos gemelas Trelawney (Abelina y Caíma) fueron juzgadas porque una de ellas había asesinado a la tercera gemela (Cabelina Trelawney), el Presidente, después de cuarenta y ocho días de discusiones inútiles y confesiones contradictorias, alzó de repente una mano y la dejó caer de forma que quedó señalando a Abelina con el dedo índice. Ella era la culpable. Ante una prueba tan irrefutable, la mujer lo confesó todo.

Cuando miran a sus ojos vacíos, los criminales se hunden y confiesan. En cambio, Tadéusz, hijo mío, durante el juicio, mientras el Presidente te contemplaba, cayó una lágrima de sus ojos inexistentes. Se evaporó antes de llegar a la mesa, pero juro que yo la vi.

Me pregunto si sería él quien sentenció:

–¡A la Isla de los Prisioneros!

La gente celebró la sentencia como si fuera una victoria sobre el *Onikónathós*. Tú ni temblaste. Áuton, que nos acompañaba, saltó delante de todos, te abrazó, vomitó y suplicó que te dejaran libre. ¡Qué extraño olor a caramelo de limón ácido inundó el ambiente!

Pero la sentencia ya había sido dictada.

En ese momento recordé el Derecho de Sustitución. Soy tu padre, te había perdido y te había reencontrado; no quería que te perdieras de nuevo.

–¡Reclamo el Derecho de Sustitución! Yo, Milos Korzeniowski, reclamo este derecho, y, según las leyes del Tribu-

nal, tienen que concedérmelo. Yo iré a la Isla de los Prisioneros en su lugar. Que el chico pase en el *Estrella del Mar* el tiempo que yo esté en la isla.

–¿Quién eres tú, Milos Korzeniowski, hombre de bien, para solicitar algo así? –preguntó Madame Blavatzsky–. ¡Hace doscientos treinta y nueve años que nadie reclama el Derecho de Sustitución, exactamente desde que el loro Carol pidió sustituir a su capitán Iann O'Psitaccophagainn!

–¡Soy su padre! ¡El padre de Tadéusz Korzeniowski!

Se hizo un silencio tan denso que las velas se apagaron y hubo que volver a encenderlas una a una.

–Me llamo Krusso –refunfuñaste–. Y no tengo padre.

Entonces empecé a cantarte la vieja melodía polaca que tu madre Irya os cantaba en la cuna a ti y a tu hermana.

El niño pequeño
se hará mayor...

¿Sobreviviré tres años en la Isla de los Prisioneros?
Nada me da miedo si después he de volver a encontrarte.

El niño pequeño
se hará mayor,
encontrará el amor
y estará solo...

Sale el sol. Una sirena pelirroja acaba de traerme mi querido violín Jakob. ¿No me crees? Abre los ojos, hijo. ¡Aprende a sorprenderte! ¡Vuelve a ser un niño, el niño Tadéusz!

Vuelven los cormoranes. Como gallos al amanecer, resuenan por toda la isla los aullidos de estas bestias que un día fueron humanos. Ayer, como no pudieron cogerme, se enfurecieron. Empezaron a comerse a uno de los suyos, aún vivo. La propia víctima, presa de la locura de esta isla, suplicaba que le guardaran una parte de su propio corazón, quería comérselo hervido. Si son ciertas las historias sobre la Isla de la Locura, creo que la he encontrado. Siento la sangre tan negra que mi corazón se ha convertido en un tintero.

¡Qué horizonte tan limpio!

Ahora que te he encontrado, sé que he sido feliz. Muy feliz».

LOS DOS PRIMEROS TÍTULOS DE LA SERIE:

Sumérgete en la última novela de J. L. Badal.